

Mateo Bautista

Los duelos personales de Jesús

Capítulo de “Los duelos de Jesús y María”

Jesús, con su testimonio de vida y sus palabras, nos enseña a vivir saludablemente abiertos al perdón y amor en relación a Dios y a los hombres. También nos enseña a elaborar en duelos saludables nuestros dolores, sufrimientos y crisis, haciéndonos protagonistas de esos procesos.

El recorrido por los duelos del Señor Jesús, signo preclaro de su humanidad, es largo. De hecho, partamos del primer duelo propiamente dicho: la encarnación, el itinerario de la *kénosis* (abajamiento):

«Él, que era de condición divina no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres, y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 6-8).

Jesús elabora muchos duelos: es ridiculizado, llamado «*salido de sí*». Encaja positivamente el sufrimiento procedente de la blasfemia, injuria, falsedad, amenaza e injusticia.

«Jesús regresó a la casa, y de nuevo se juntó tanta gente que ni siquiera podían comer. Cuando sus parientes se enteraron, salieron para llevárselo, porque decían: ‘Es un exaltado’» (Mc 3, 20-21).

Es acusado hasta de confabulación con el demonio:

«Los escribas que habían venido de Jerusalén decían: ‘Está poseído por Belzebul y expulsa a los demonios por el poder del Príncipe de los demonios’» (Mc 3, 22).

Jesús elabora duelos por la muerte de seres queridos. Una muerte que, sin duda alguna, produce en él un fuerte impacto es el martirio de Juan el Bautista, profeta escatológico. Por él había sido bautizado (Mc 1, 9-11; Mt 3, 13-17; Lc 3, 21-22). A él lo considera en gran estima:

«Mientras los enviados de Juan se retiraban, Jesús empezó a hablar de él a la multitud, diciendo: ‘¿Qué fueron a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué fueron a ver? ¿Un hombre vestido con refinamiento? Los que se visten de esa manera viven en los palacios

de los reyes. ¿Qué fueron a ver entonces? ¿Un profeta? Les aseguro que sí, y más que un profeta. Él es aquel de quien está escrito: Yo envío a mi mensajero delante de ti, para prepararte el camino. Les aseguro que no ha nacido ningún hombre más grande que Juan el Bautista; y sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es más grande que él» (Mt 11, 7-11).

Jesús tiene motivos para admirar y amar a Juan, además del parentesco reflejado en la tradición lucana. El profeta que concluye el período del Antiguo Testamento se había sentido llamado a invitar a todos a marchar al desierto para buscar una conversión de raíz, a purificarse en las aguas del Jordán y, una vez recibido el perdón, ingresar de nuevo en la tierra prometida para acoger la inminente llegada de la justicia de Dios. El bautismo que proponía el nuevo Elías era signo y compromiso de una conversión radical a Dios, abandono del pecado y fidelidad a la Alianza. Su estilo de vida era austero, penitencial, testimonial, radical, confrontador. Quiso hacer carne propia su misma predicación. Profeta libre y liberador, no se dejó corromper ni se amilanó.

La ejecución del Precursor, narrada con cierto detalle en los evangelios (Mc 6, 14-29; Mt 14, 1-12; Lc 9, 7-9), causa profunda impresión en Jesús que, en adelante, se dedicará a formar a sus discípulos teniendo una vida pública más discreta, bajo el presentimiento de la muerte (Mt 14, 13).

Antipas había mandado matar a Juan Bautista, porque le molestaba su predicación y, tal vez, pensara hacer lo mismo con Jesús (Lc 13, 31). El duelo de Jesús por el asesinato del Bautista es un preludio del duelo por su propia muerte violenta.

En el evangelio de Juan, capítulo 11, nos encontramos con la resucitación de un adulto, Lázaro. En este relato encontramos justamente el versículo más corto de la Biblia, pero con una indicación muy preciosa para expresar la intensidad del duelo del Divino amigo: «*Jesús lloró*» (11, 35).

Y qué decir de los duelos por el «*fracaso*» del plan de la salvación y la crisis de un pueblo que rechaza el paso de su Dios: ¡Un aguijón al alma y misión del Salvador!

El llanto del duelo de Jesús lamentándose por la Ciudad Santa, bajando del monte de los olivos, es muy expresivo y significativo. «*Cuando estuvo cerca y vio la ciudad de Jerusalén, se puso a llorar por ella*» (Lc 19, 41). Lucas es el único evangelista que consigna este llanto del Salvador. Es un duelo anticipado y profético por la infidelidad de la ciudad al mensaje salvífico. Jesús expresa su unión visceral con la Ciudad Santa de Jerusalén a la usanza del duelo de los profetas del Antiguo Testamento.

En esas lágrimas hay un patético toque de atención por la dormidera espiritual de Jerusalén, pues no quiso aceptar el Reino de paz que Dios otorgaba a su pueblo elegido, la paz mesiánica preconizada por los profetas (Is 11, 6). «*¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos*» (Lc 19, 42). La visita de Dios es frase proverbial en el Antiguo Testamento para indicar bendiciones o castigos.

Jesús se manifiesta aquí como el rey que sentencia a la ciudad que lo va a rechazar.

Jesús asume el duelo por su propia muerte y por el trágico proceso de su morir. En los anuncios de su

pasión, Jesús afronta y anuncia consecutivamente su muerte, que será precedida por un beso de traición de uno de los suyos, la negación de Pedro, el abandono de los apóstoles, el juicio injusto, encarcelamiento, tortura, muerte ignominiosa en cruz entre bandidos y horas de agonía (Mc 8, 31 ss.; 9, 30 ss.; 10, 32 ss.). Jesús no muere viejo, sino relativamente joven; no muere enfermo, sino sano; no muere en la cama apaciblemente, muere en «*la silla eléctrica*» de la cruz. Es su duelo anticipado.

Este duelo anticipado de Jesús cuenta con un plus desgarrador: agoniza delante de su propia Madre, según el evangelio de Juan. Jesús, además de aportar un impresionante mensaje teológico, ayuda a la Madre a elaborar su duelo: «*Jesús le dijo: ‘Mujer, aquí tienes a tu hijo’. Luego dijo al discípulo: ‘Aquí tienes a tu madre’*» (19, 26-27).

La muerte del Hijo de Dios es en sí expresión del sufrimiento total, del duelo total. Desde el punto de vista de la corporeidad, la muerte en cruz de Jesús es la expresión más desgarradora e infamante. Psicológicamente: muere traicionado, abandonado, cambiado por un delincuente, solo. Moralmente: sufre el mayor mal, que es la muerte del inocente. Espiritualmente: rumia el “*silencio*” divino.

EL DUELO ANTICIPADO DE JESÚS ANTE SU MUERTE

«*Frente a la muerte, el enigma de la condición humana alcanza su cumbre*», nos recuerda el Concilio Vaticano II, GS 18.

Nos centraremos ahora en el profundo duelo anticipado de Jesús ante su muerte. Este tipo de duelo posibilita tomar conciencia de qué está sucediendo, liberarse de los propios estados anímicos bloqueantes, hacerse protagonista de la situación, manejar adecuadamente las relaciones de todo tipo, hallar un sentido...

encontramos peculiaridades significativas:

Está en relación con su propia muerte, ofrecida voluntariamente (Jn 10, 18) como acción expiatoria. Su sangre se derrama por todos (Mc 14, 22-25).

Su muerte, propia de asesinos y blasfemos, siendo él justo e inocente, es aceptada dentro de un proyecto salvífico universal (Mc 8, 31-33).

Jesús no busca el sufrimiento (no es, en absoluto, dolorista, ni un masoquista que predica el dolor o justifica irracionalmente el sufrimiento); pero no lo evade; lo asume, lo integra y lo supera dándole un significado. Se hace solidario con todos los sufrientes. Su sufrimiento es redentor y salvífico.

Enmarca su final, humanamente desastroso, en una positiva concepción del sufrimiento y del amoroso plan salvífico de Dios Padre (Jn 18, 11). Él, que va a ser asesinado, ayuda a los suyos para que se preparen ante el duelo que van a iniciar por la muerte de su Maestro y Amigo (Jn 13, 31ss).

Veamos, además, qué hace Jesús en el período de su duelo anticipado por su propia muerte y proceso de morir. Así lo vieron los evangelistas: Afronta y anuncia consecutivamente su muerte (Mc 8, 31 ss.; 9, 30 ss.; 10, 32 ss.): *«Ahora subimos a Jerusalén; allí el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos: ellos se burlarán de él, lo escupirán, lo azotarán y lo matarán. Y tres días después, resucitará»* (Mc 10, 33- 34).

La Transfiguración del Señor es otro relato de duelo anticipado (Mc 9, 2-13). Jesús acaba de anunciar por primera vez que debe padecer, morir y resucitar. Reprende a Pedro que no quiere ni oír hablar de los sufrimientos del Señor (Mc 8, 32-33), y luego se dirige a los discípulos y a la gente para decirles que quien quiera seguirlo deberá cargar con la cruz e ir detrás de él. Sobre este trasfondo y en referencia a él, se sitúa la transfiguración de Jesús.

- La escena evangélica acaecida en un *«monte elevado»* presenta una visión de la divinidad de Jesús de cara a su futura pasión; un aliento para las pruebas de sus discípulos, pues se hace difícil aceptar la cruz sin la luz de la resurrección. El evangelio nos muestra de manera anticipada la glorificación de Jesús en la resurrección y el preanuncio de la gloriosa venida del Señor al final de los tiempos. Es, pues, la cara/cruz de Jesús: las heridas de su gloria y la gloria de sus heridas; el fortalecimiento vocacional del discipulado-misión de los apóstoles ante el duelo de la muerte inminente del Maestro.

- En algunas parábolas hace referencia muy directa a su final: *«Pero los viñadores se dijeron: ‘Este es el heredero: vamos a matarlo y la herencia será nuestra’. Y apoderándose de él, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña»* (Mc 12, 7-8).

- En la localidad de Betania, próxima la pasión, se desarrolla una escena de duelo anticipado. Una mujer realiza un signo profético ante la muerte del Salvador: *«Ella hizo lo que podía; ungió mi cuerpo anticipadamente para la sepultura»* (Mc 14, 8). Jesús se deja querer y agradece el gesto simbólico de aquella mujer a quien regala una peculiar bienaventuranza como recompensa: *«Les aseguro que allí donde se proclame la Buena Noticia, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo»* (Mc 14, 9).

- Se encuentra con los suyos en una cena de despedida: *«Les aseguro que no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que beba el vino nuevo en el Reino de Dios»* (Mc 14, 25).

- ¡Cuánto duele el beso de traición de los que amamos! Jesús asume la dolorosa traición de uno de sus discípulos: *«Y mientras estaban comiendo,*

dijo: *‘Les aseguro que uno de ustedes me entregará, uno que come conmigo’*» (Mc 14, 18).

- Acepta el puñal de la negación de su apóstol Pedro: *«Jesús le respondió: ‘Te aseguro que hoy, esta misma noche, antes que cante el gallo por segunda vez, me habrás negado tres veces’*» (Mc 14, 30).
- Deja claro que asume su sacrificio redentor: *«La copa que me ha dado el Padre, ¿no la voy a beber?»* (Jn 18, 11), y su muerte es interiorizada: *«Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente»* (Jn 10, 18).
- Interioriza el abandono de sus apóstoles: *«Todos ustedes se van a escandalizar, porque dice la Escritura: ‘Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas’*» (Mc 14, 27). *«Y abandonándolo huyeron todos»* (Mc 14, 50).
- Da libertad a los propios sentimientos: *«Mi alma está triste hasta el punto de morir»* (Mc 14, 34 a).
- Expresa sus necesidades: *«Quédense aquí y velen»* (Mc 14, 34 b).
- Afronta la angustia de la separación: *«Y adelantándose un poco, se postró en tierra y rogaba que, de ser posible, no tuviera que pasar por esa hora»* (Mc 14, 35).
- Ora, en la crisis, para cumplir la voluntad del Padre. Deja libre sus manos: *«Y decía: ‘Abba -Padre-todo te es posible: aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya’*» (Mc 14, 36).
- Jesús se aferra a la oración y la recomienda: *«Permanezcan despiertos y oren para no caer en la tentación, porque el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil»* (Mc 14, 38).
- Confronta sana y serenamente a Judas, el traidor: *«Jesús le dijo: ‘Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?’*» (Lc 22, 48).
- Hace el bien curando al siervo del Sumo Sacerdote, que vino a apresarlo, herido por Pedro: *«Pero Jesús dijo: ‘Dejen, ya está’. Y tocándole la oreja, lo curó»* (Lc 22, 51).
- Integra con sano discernimiento la mayor tentación en el momento de mayor vulnerabilidad. No se deja hipnotizar por la inmediatez del sufrimiento: *«De la misma manera, los sumos sacerdotes y los escribas se burlaban y decían entre sí: ‘¡Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo!’*» (Mc 15, 31).
- En su agonía, Jesús hace relación de ayuda de duelo a duelo con el compañero crucificado: *«Jesús le respondió: ‘Hoy estarás conmigo en el paraíso’*» (Lc 23, 43).
- Renueva los vínculos familiares. Aumenta su *«familia»*. Hace a María madre de todos, incluso de sus verdugos (Jn 19, 26-27).
- Saborea la dureza de su misión y ora con la voz del salmista: *«‘Eloi, Eloi, lamá sabactani’, que significa: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’*» (Mc 15, 34). De modo especial, la angustia experimentada en el huerto de Getsemaní y el grito del porqué en la cruz revelan el abismo enigmático y hasta escandaloso del sufrimiento del Señor, un claro *“abandono”* de Dios a los ojos de los hombres.

•El evangelista Lucas destaca que, en su tremendo dolor, sufrimiento y soledad, Jesús no abandona al Padre, ni se considera abandonado por el Padre; se abandona en el Padre, sintiéndose infinitamente amado por él: «Jesús, con un grito, exclamó: *‘Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu’*. Y, diciendo esto, expiró» (Lc 23, 46).